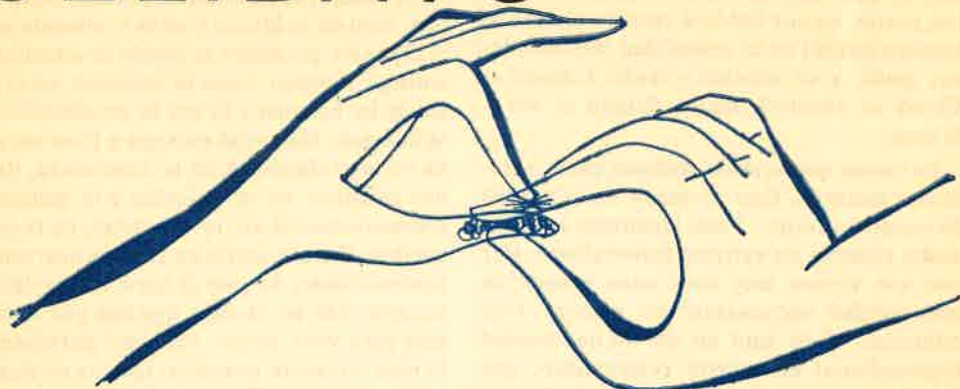


CELIBATO



CRISTIANO

Miguel Aguilar S. I.

Profanó MORTON ROBINSON el sagrado sacerdotal al lanzar al gran público su *Cardenal* eminentísimo? Una cosa es cierta: Que los lectores de ambos hemisferios lo devoraron con avidez y conservan un grato recuerdo de Stephen Fermoye. Era aquel un sacerdote superdotado de la gracia de Dios, pero en modo ninguno desprovisto de humanismo. En una palabra: un tipo natural, como uno de nosotros. Hombre de un ideal inmenso, que tuvo sus crisis: unas, leves y pasajeras; otras, brutales como la tormenta.

El Cardenal, Balarrasa, Diario de un cura de aldea, El canto del gallo... Son titulares que evocan en nosotros una serie de vivencias muy singulares. Desde luego no fueron una novela o película más en nuestro repertorio. Nos asomamos a sus páginas y pantallas presa de una curiosidad peculiar, y su vista o lectura nos plantearon toda una problemática en torno al concepto —verdadero o erróneo— que teníamos del celibato.

Nos interesa en el sacerdote todo lo reservado y arcano. Y sobre todo, esa línea tan misteriosa y existencial de su fisonomía: *El Celibato*.

¿Cómo fue, pues, la aventura, de aquellos hombres?

¿Son naturalezas especiales?

¿Cuál es el secreto de sus vidas?

Todo esto nos lleva a dos planteamientos: Un análisis psicológico del celibato y otro teológico serán las dos vertientes —psicología y teología— que vayan a converger en el vértice apuntado: Humanismo cristiano del celibato canónico. Con esta observación: Que, aunque manejaremos exclusivamente el término *Sacerdocio*, desarrollamos ideas generales y comunes a todas las instituciones canónicas y personas que «*por el reino de los cielos*» (Mt 19 12) han elegido el sendero erecto de la *soledad santificada*.

En este sentido complexivo, precisamente, ha pronunciado Pío XII la última palabra apostólica sobre el celibato cristiano (1). Ella nos sirve de referencia y medida en el presente análisis.

I. ANÁLISIS PSICOLÓGICO

Momento litúrgico

Cada año las Promociones de las Academias Sagradas dan su paso al frente, cuando, en el silencio tenso del sacramento, el obispo los manda llamar, uno a uno, por sus

(1) Encíclica «*Sacra Virginitas*», AAS 46 (1954) 161-191.

propios nombres: *Adsum, adsum...* (presente, presente). Van saltando a la arena con ese grito de ritual, que es afirmación propia y abnegación simultáneamente. Y se postran en las gradas del altar estremecidos de temor y de gozo. Porque es la hora tremenda del *Poder y la Marca*, conferidos al alma a fuego vivo «con gemidos inenarrables del Espíritu Santo» (Rom 8²⁵). «Sacerdote para siempre» (Ps 109; Hebr 5⁶; 7¹⁷).

Dialéctica de la vocación

Fundamentalmente la vocación es un verbo de Dios conjugado en la tabla de la libertad del hombre. Y como la psicología humana abarca muchos tipos de hombre, también esos tipos, al proyectarse sobre el fenómeno religioso, se producen diversamente. Sin embargo, un fenómeno bastante común es éste: Que en la primera fase del proceso sacerdotal el celibato no fue un fin primario, amado y pretendido por sí mismo, sino una *condición sine qua non*, un precio fijo del bien que se quería. En la primera fase, en el orden intencional, lo que arrastró como fin absorbente y totalitario fue el sacerdocio mismo como ideal absoluto.

Un ejemplo

«Desde mis catorce años, la edad en que sentí mi primera llamada al sacerdocio, a mí me gustaban las chicas. Mi mente se agitaba en torno al secreto del eterno femenino, y sentí la apetencia de entrar a explorar el misterio. Ya en el seminario el conflicto fue tan grande, que hubo un tiempo en que pensé seriamente si debería continuar mis estudios para el Sacerdocio...» (2).

Una autoridad

«Opinamos que un joven que se sienta llamado al sacerdocio y lleve a cabo su decisión con plena libertad, optará consciente y deliberadamente por el celibato aun sin contar con razones. El llamamiento al idealismo, al espíritu de sacrificio, a la entrega

total, a la libre oblación de las primicias, nos parece mucho más definitivo que todos los argumentos. Hay que reconocer que este alto idealismo exige hombres verdaderamente ideales. Serán excepcionales, pero nunca faltarán...» (3).

Sicología base

Es científicamente falso — caricaturesco — ese pretendido *Primer Plano* de lo sexual en la fisonomía del hombre. La moderna Psicología Profunda (4) ha negado rotundamente al pansexualismo freudiano su canonizada primacía absorbente: identificada — decían — con la sustancia misma del hombre. Practicado un reajuste básico de los elementos apetitivos y emocionales, lo hipersexual freudiano ha sido clasificado como una proyección patológica de la función reproductiva en estado de inequilibrio. Pero nunca, de modo ninguno, como la proyección vital del *yo* sustancial auténtico. Ni la ciencia psicológica admite ya aquella falsa *hipótesis de trabajo*: que la actuación sexual obtiene la función primordial en el mecanismo de la naturaleza humana. Últimamente ha sido Jung [el único superviviente de los tres pioneros (Freud, Adler, Jung) que edificaron la edad de la psicología moderna...] quien se ha levantado contra tan monstruosa ficción antropológica (5).

También metafísicamente, por razón de su destinación ontológica, se niega la supremacía a la *función reproductiva* del hombre. Porque la *función conservación-superación* está ínsita en la naturaleza singular del hombre y es función *individual*, imperativa e indeclinable. Pero la *función reproductiva*, en cambio, es una función *social*. Socialmente, es imperativa. Por ley natural y por ley positiva divina (Gen 1²⁸). Pero individualmente no se impone, es declinable (6).

Pero no nos salgamos del terreno sicofisiológico. Navegando por él recibimos de la ciencia este dato: Que los bienes individuales de desarrollo sicofisiológico emanantes

(3) SELLMAIR, *El Sacerdote en el mundo*, pág. 183.

(4) Nueva Psicoterapia, Proyección, n. 4, págs. 32-35.

(5) *Medicine*, Time, February 14, 1955, págs. 62-63.

(6) SANTO TOMÁS, *Supl 3*, q 41, a 2, c.

(2) MORTON ROBINSON, *El Cardenal*, pág. 363.

de la función reproductiva, no obstante la abstinencia de la actividad sexual, la naturaleza los produce equivalentemente en sus operaciones hormonales internas. Porque esas secreciones glandulares son de función doble: una, interna, para la constitución sicosomática del individuo, y otra, externa, para la propagación de la especie. Al abstenerse el individuo del uso de su facultad de generar, la secreción que se hubiera producido externamente, se reasume en la interna y pasa a engrosar el potencial de energía vital en bien del individuo (7).

El complejo «Don Juan»,

contra lo que vulgarmente se piensa, no es el tipo viril por antonomasia, sino todo lo opuesto. Es otra sorpresa científica:

«Extrañará a muchos esta afirmación de que el varón por excelencia no sea el hombre cazador impenitente de mujeres, sino el hombre trabajador y activo, con frecuencia monógamo, no raramente tímido, y aun a veces recluso en un estado de voluntaria castidad. Pero así es la verdad, y hay que repetirla muchas veces y ondearla como una enseña de batalla contra el donjuanismo. El hombre más viril es el que trabaja más, el que vence mejor a los demás hombres, y no el Don Juan que burla a pobres mujeres, naturalmente dispuestas de antemano a dejarse engañar. El hombre verdaderamente viril es el que toma su verdadero puesto en la vida. La función sexual primaria de la procreación llena la existencia entera de la mujer. Pero en el hombre se sitúan en primer plano las funciones sexuales secundarias: aportar a su casa, mediante el trabajo, los recursos económicos, y ser el amparador y sostén de su mujer y de sus hijos. El hombre que pasa a la línea más visible de las funciones sexuales primarias, el Don Juan, en suma, lejos de ser un tipo perfecto de varón, se desvía hacia el sexo femenino. Sin embargo es triste reconocer que las gentes han contribuido a falsear el verdadero concepto de la virilidad» (8).

(7) SURBLED, *La Moral en sus relaciones con la Medicina*, pág. 32.

(8) MARAÑÓN, citado por BULNES S. I., *Filosofía del deber*, pág. 243.

Lo temperamental

Juega un papel preponderante en toda realización de hombre, y *a fortiori* en el celibato. Tomamos a título de laboratorio dos tipos distintos sacados de la realidad: uno, cerebral, frío; y otro, sensitivo, artista, apeteente. El primero dice que admitió el celibato como se admite la Trinidad; que no ha vuelto más sobre el hecho; que no le ha creado complejo ni inhibición; que tuvo sus razones para hacerse sacerdote y por ello se hizo. Es un hombre frío, con la masa y energía de un bloque de hielo, que es formidable. Este tipo hubiera ido al matrimonio y hubiera sido un esposo y padre normal. Pero, porque vio razones de un orden supremo, escogió el otro sendero. El peso palpitante de su carne ha venido a ser asumido por las fuerzas imponderables del espíritu. Ha prevalecido en él la función específica *espiritual* sobre la función genérica *animal*: que no ha sido anulada, porque no ha habido destrucción: ha quedado suspendida, digamos asunta. Eso es: una auténtica asunción de la carne del hombre por el espíritu del hombre.

El proceso es diferente en el otro tipo. Quizá éste requiere un dato complementario: tiempo [intensivo o extensivo]: hasta alcanzar el estado de superación, de conquista, de asunción de la carne. Pero quizá este segundo tipo es de naturaleza más rica: que, beneficiada, arroja un *quantum* de productividad humana más elevado.

Tres momentos de tiempo

Primavera, verano, otoño... No somos los primeros en usar estas imágenes como clasificadores vocacionales (9). Y pueden sernos útiles.

Primer tiempo. Un chico puede sentirse fuertemente atraído por el sacerdocio. Por las razones y motivaciones clásicamente sólidas. Puede ser una vocación auténtica. Y ser él un valiente y jurar el ineludible celibato. Pero ¿a qué precio? Tal vez a precio de sangre. Porque es la edad del soñar, dormido y despierto. Es la sicología de la edad

(9) LLANOS, S. I., *34 aventuras hacia Dios*.

evolutiva, cuando despierta el corazón, con su absorbencia, excesivamente ingenua, insaciable.

Segundo tiempo. Aquel joven, puesto en trance vocacional, puede sentirse atraído por el ideal del sacerdocio. Pero simultáneamente sentirá que le tira la carne, que le pesa la naturaleza en eclosión pasional. El celibato le exige una gran renuncia. Su naturaleza no ha ganado todavía el estado de reposo del equilibrio. Actúa en ella vitalmente la función genérica *animal* de reproducción, entonces en plena fermentación. Pero éste puede ser un tipo de visión supracósmica y voluntad tesonera y dar un sí heroico. Pagado quizá también a precio de sangre.

Tercer tiempo. Para el hombre vitalmente maduro, el celibato no es romanticismo idealista ni eclosión pasional. Es un precio ¡qué duda cabe! Siempre es costoso privar a la naturaleza de una función connatural viva. Pero este hombre trae un bagaje de humanismo maduro, fundido con sano desengaño del mundo y dilatación del campo visual de la vida. Este hombre trae organizada su cabeza y aparcado su corazón, con las luces de situación bien avivadas. En la tabla de sus jeraquías existen valores primarios y secundarios; subordinados y supremos. Este hombre siente, naturalmente, la proclividad de su cuerpo, pero no está encadenado a su carne, no se hinca ante la bestia, no se sacrifica a sí mismo al Moloc de la concupiscencia. Y si se topa en su camino con una indicación o señal trascendente [sentido del misterio —la gracia de Dios en función de la libertad del hombre—] rectificará su ruta hacia donde le llaman.

Fascinación del ideal

y misterio de la Gracia. Es el dato de valor psicológico incommensurable. Hemos tratado casos de hombres embarcados en la aventura del sacerdocio. Apuntaron recto al corazón del problema. Alguno quiso introducir la mano abierta hasta el fondo del alma y remover el poso del inconsciente. Todavía estaba a tiempo de una revisión de procesos y de causas. Pero súbitamente se rindió a la evidencia del misterio. «El sacer-

docio —dijo— se me aparece como una idea clara y luminosa potentísima. Es la estrella de mi vocación. Y siento a mi naturaleza toda asunta en este ideal: toda, hasta mi carne. Aunque yo no quisiera, vería esa aparición que ha irrumpido en mi historia y se me impone como una *llamada* personal irresistible. Esa intuición misteriosa ha sido lo definitivo en mi destino».

II. ANÁLISIS PSICOLÓGICO

Teología del celibato

Es el aspecto no tan sensiblemente humano del fenómeno, el lado sagrado, intocable. Los técnicos especializados han convergido en las bases de una teología del celibato. Con ellas han construido una teoría de razones, una mística superior con que se magnifica el sacerdocio del Nuevo Testamento. Leamos sin rutina de catálogo.

1. El celibato es en sí mismo más perfecto que el estado de matrimonio (10). Y no es una opinión. Es doctrina de la Iglesia, definida por el Concilio de Trento (11). Los teólogos la defienden con calificación máxima: Doctrina de fe divina y católica: que técnicamente significa: que está contenida en el depósito de la Revelación y que la Iglesia la subraya con una afirmación inapelable. El propio Concilio yuxtapone a su canon unos monumentos escriturísticos incommovibles (12).

2. Por razón del servicio divino y del apostolado el celibato es mejor que el matrimonio. Los que no tienen esposa ni hijos pueden atender al ministerio divino y procurar el bien de las almas con más facilidad y mayor eficacia (13). Es calcadamente la doctrina de San Pablo (14).

3. El clero, viviendo en *soledad*, posee más autoridad ante los fieles, y éstos se le abren más confiadamente (léase confesión, momento difícil). Y si se pregunta ¿por qué esa diferencia entre los presbíteros cató-

(10) CAPELLO, *De Sacramentis*, vol. VI, *De Ordine*, pág. 427.

(11) Denzinger 980.

(12) Mt 19¹¹ ss; I Cor 7²⁵ ss; 38 - 40

(13) CAPELLO, ob cit, pág. 427-28

(14) I Cor 7³² ss.

licos y los pastores protestantes y entre los sacerdotes de la Iglesia oriental y de la latina en la estimación del pueblo? Entre otras, la respuesta es ésta: porque unos viven en *soledad* sagrada y los otros están unidos en *matrimonio* (15).

4. La vida de Cristo presenta un valor intentivo de ejemplaridad que la Iglesia siempre ha propuesto a la imitación de sus hijos. Jesucristo aconsejó entrañablemente con su palabra la continencia perfecta (Mt 19 11-12), y motivó con su ejemplo llevando una vida perfectamente casta (16). Y en Él no hay palabra ni acción mínima que no tenga un profundo sentido normativo para nosotros. El, «*imagen del Dios invisible y primogénito de toda criatura*» (Colos 1 15), es para todo hombre plenitud de humanismo cristiano. También en el celibato. Como un medio que conduce al *llamado y elegido* (dialéctica de la vocación) a su realización en Cristo.

5. Otra base teológica del celibato es la fecundidad espiritual del Sacerdote. Bellísimamente la ha exaltado Pío XII, con calor y sentido humano: «Por la ley del celibato el sacerdote, lejos de ser despojado de su paternidad humana, la propaga inmensamente. Y no engendra él una prole para esta vida terrena y caduca, sino para la vida celestial, que permanece eternamente» (17).

Una dificultad

La incontinencia escandalosa de algunos. Es un hecho real, que apena y avergüenza, pero no quita valor al celibato. Al contrario, lo enaltece. Porque, en todo caso, ello es signo de la grandeza del celibato, tan excelso, que algunos débiles se precipitan en el abismo. Pero son muchos, innumerables, los que guardan su voto limpiamente. Y aunque fueran pocos: Una mística de servicio tan sobrenatural, quedaría justificada con sólo uno que adorase a Dios con su sacrificio incruento. Aunque felicísimamente no es uno ni son pocos: es legión esa casta valiente de la Nueva Ley.

Ellos encienden cada mañana su sacrificio

(15) CAPELLO, obr cit, pág. 428.

(16) CAPELLO, obr cit, pág. 428.

(17) AAS 42 (1950) 663-64.

con fuego de amor nuevo, y este fuego hace a Dios más presente, les aviva la fe. Y la fe mantiene el amor en la marcha a través del tiempo.

¿Y los Orientales?

En los primeros siglos de cristiandad no había discrepancia entre la Iglesia latina y la oriental en este punto. Esa práctica menos perfecta comenzó a introducirse en el siglo IV y se propagó en los siglos V y VI.

¿Y cuál es la actitud de la Iglesia? Los Romanos Pontífices han tolerado esa práctica menos elevada. Pero su mente está manifiesta y patente. Por ejemplo en estas palabras: «Aunque sería muy de desear que los Orientales constituídos en órdenes sagradas guardasen continencia igual que los latinos...» (18). O en éstas: «Consta que si la Iglesia latina lleva una vida de prosperidad y vigor, gran parte de su fuerza vital y de su gloria emana del celibato de su sacerdocio» (19).

El caso «Javier»...

..., un *llamado y elegido* en la encrucijada del celibato cristiano, puede llenarnos con su sangre y destino concretos los esquemas de este estudio.

«Escoger entre dos amores... es el único problema de la tierra. A menos que se puedan conciliar...», se ha dicho con profundidad humana (20). Y, riesgo por riesgo, Javier prefirió éste, sacerdotal, en *soledad* del corazón, *asunta la carne*. ¿Erró la elección el Apóstol de Oriente.

Yo no podía comprenderle si no le imaginaba en trance pasional. El, un joven intenso, universitario insurgente. Iba después por el mundo con aire de ausente. Pero su ausencia no delataba rigidez ni opacidad emocional en el corazón ni en el rostro, sino visión del misterio. Y su trascender era humanismo cristiano. Lo que él irradiada de todo su ser era virginidad. Liberado de mi torva mentalidad inferior, que aboga por el

(18) BENED XIV, Const «Etsi pastoralis», 26 Mayo 1742.

(19) BENED XV, Alloc Consist 16 Dic 1920.

(20) CESBRON GILBERT, *Perros perdidos sin collar*.

decisivo dominio del sentimiento sobre todo lo importante del hombre, ya puedo comprenderle. El se pronunció en el golpe de estado de su gigantesca personalidad, y se realizó en una síntesis mística — carne asunta — para vivir eternamente en el orbe místico. No ha fracasado en él el amor. Su vocación sacerdotal no es un fracaso de hombre: es una estrategia de alta precisión, una trasposición de términos: El amor más puro fulminó en él a la carne, y después qué fecundidad tan infinita la suya. La *soledad santificada* fue al encuentro con Dios, *suma compañía* del alma, y el potencial de amor represado se canalizó en amor apostólico a

las almas: que no tienen sexo. Y cuando Javier alcanzó la arista misteriosa que une o separa vida y muerte; cuando sintió el vértigo del ser al borde del abismo del no ser; a la hora cero de su nueva existencia: su espíritu se irguió en un latido tenso, poniendo sus ojos en los de Dios, con su vida entera en las pupilas.

«Quizá en este mismo momento... una llamada misteriosa oprime el corazón de un joven... Una vocación, quizá, en aquel mismo momento...» (21) para algo, en cualquier frente de cristiandad.

(21) CESBRON GILBERT, obr cit.

